

Europa menguante

JUAN-JOSÉ LÓPEZ BURNIOL

LA VANGUARDIA, 27.02.10

Tras las dos guerras mundiales del siglo XX - en realidad, sendas guerras civiles europeas-, Europa quedó exhausta y cedió a Estados Unidos - "la Europa sin catedrales"-la primacía en el ejercicio de la hegemonía occidental sobre buena parte del mundo, que venía ejerciendo, con extensión e intensidad variables, desde hacía siglos. Pero Europa ha necesitado más de medio siglo para tomar conciencia del fin de su posición privilegiada.

Fue en los años 50 de la pasada centuria cuando hubo de admitir que su predominio militar había concluido: 1953 fue significativo. Aquel año, tres meses después de que el doctor Mosadeq nacionalizase el petróleo iraní, la CIA restableció - conspiración mediante-el orden natural de las cosas según el dogma occidental: la Anglo-Iranian Oil Company recuperó lo que consideraba suyo. Pero fue también a fines de 1953 cuando el ejército francés fortificó la posición de Diên-Biên-Phù, en Indochina, donde tuvo lugar - del 12 de marzo al 7 de mayo de 1954-la primera batalla del siglo XX en la que una potencia colonial europea fue derrotada por fuerzas de liberación nacional mediante una táctica convencional: el coronel De Castries se rindió al general Gyap. Pero faltaba el canto del cisne del intervencionismo militar europeo. Fue en Egipto, tras la nacionalización del canal de Suez por el coronel Naser, para financiar la construcción de la presa de Asuán. Británicos y franceses -principales accionistas del canal- concertaron una acción militar contra Egipto, con la ayuda de Israel. Acordada por Eden, Mollet y Ben Gurion, triunfó, pero la ONU -es decir, Estados Unidos y Rusia, ocupada esta por aquellos días

en la revuelta de Budapest- obligó a los europeos a retirarse. Eden presentó su dimisión y, en Colombey-les-deux-Églises, el general De Gaulle -a dos años de su regreso- elevó su desconfianza hacia los americanos hasta un punto de no retorno.

Pero, al amparo de su relación especial con Estados Unidos -más especial la de Gran Bretaña-, Europa mantuvo hasta ayer, pese a su ocaso militar, cierta primacía económica. Estando en estas, tras la caída del comunismo, se extendió por Occidente una sensación de triunfo absoluto. Pareció que se había alcanzado el fin de la historia y que la implantación en toda la Tierra de la economía de mercado y del Estado democrático era inevitable. Así las cosas, Estados Unidos -imperio anglosajón en el que se ha encarnado el último episodio de la hegemonía blanca- quedó como único poder universal. Y entonces, a la hora de conformar las relaciones internacionales, se le planteó el gran dilema: o bien apostar por un sistema multilateral, en el que Estados Unidos sería el primus inter pares, o bien optar por un modelo unilateral, en el que Estados Unidos tendría como objetivo único de su política exterior la defensa de los intereses norteamericanos en el extranjero y la preservación en sus manos del control del comercio mundial, con Europa de acólito. Esta fue la opción adoptada, que han compartido todos los presidentes. Al apogeo del unilateralismo en política exterior correspondió -en Estados Unidos y Europa- la apoteosis del pensamiento neocon, que promovió una desregulación radical, con el pretexto de la privatización. El ciclo económico alcista de los últimos quince años pareció confirmar lo acertado de la opción.

Pero, de repente, terminó la fiesta. Estalló la burbuja inmobiliaria y se puso de relieve que la crisis no era un episodio cíclico, sino que suponía,

por su magnitud, una inflexión en la historia. Ahora bien, aunque no sea una crisis cíclica, tampoco es una crisis del sistema. ¿Qué es entonces?

Es una crisis determinada por una cierta manera de hacer las cosas, muy especialmente en el ámbito financiero. No es una crisis del mercado, sino una crisis de mercaderes. ¿Y de qué manera han actuado en los últimos lustros buena parte de los agentes económicos? De aquella que, negando los valores que dieron vida al capitalismo -utilización racional y metódica de los bienes de producción, exaltación del trabajo, de la austeridad y del ahorro, y constancia en los objetivos y el esfuerzo-, pone el acento en la obtención de un beneficio rápido, con independencia de los medios utilizados. No han buscado el desarrollo y el crecimiento gracias al trabajo y al ahorro, sino mediante la especulación y el crédito.

Tras este festival, vendrá la calma. Pero, para Europa, ya nada será igual. Desvanecida su antigua relación especial con Estados Unidos, que estos han pasado a tener con China, desplazado el epicentro del comercio mundial al Pacífico, en trance de ser desafiada por más de una de las potencias emergentes, perdida su influencia en África, Europa conocerá en los próximos años una realidad a la que no está acostumbrada, y que tendrá que afrontar con unos instrumentos -institucionales y operativos- aún no eficaces. Si bien es de esperar que esta necesidad genere, como en tantas otras ocasiones, la virtud. La virtud precisa para lograr la unidad en la variedad.